

Y en una capital de un grande estado,
No perderé convite ni bureo;
Sabré muy por menor cuándo el paseo
De Atocha á San Isidro se transfere,
Cuándo el Retiro al río se prefiere,
Cuándo toca al Canal su temporada,
Cuándo es á las Delicias la jornada;
No faltará en café, toros ni ferias,
Ni en la Puerta del Sol habrá corrillo
O tienda en que no logre yo cabida.
Iré á tertulias donde las materias
Más importantes sean el tresillo,
El mal tiempo, del prójimo la vida,
Los talcos y las borlas del peinado.
Y, en fin, seré un ocioso consumado.
Así me llamarán jovial, sociable,
Útil, hábil, político y amable.
Ahora, Fabio, dime si esta fama
Llegaré á conseguir, y este sosiego,
Después que, avergonzado de ser lego,
Muchas horas de cama
Hurte para leer cualquier librote
De algun comentador desafortado,
O rascarme la frente y el cogote
Buscando consonante á California,
Y el verso que me salga mal forjado
Treinta veces volver á la bigornia,
Como lo dijo Horacio (1) en un tratado
Que no construye todo licenciado.
Tú, en fin, aprobarás que yo me exima
De trabajar sin especial influjo
En lo que mucho cuesta y no se estima.
Mi tal cual número se metió cartujo,
Que esta literatura desanima,
Persigue, cansa, abate y atropella,
Y mi primer dictámen no revoco:
Ella en perderme perderá bien poco,
Yo pierdo ménos en perderla á ella.

EPÍSTOLA IV.

Escrita en 8 de Febrero de 1776.— Con ella dirige el autor algunas de sus poetas á un amigo que deseaba verlas.

Pues lo quieres y pides, te remito,
Fabio, esas castellanas poetas,
Que, confiadas sólo en que son mías,
Se precian de llevar buen sobrescrito,
Para que las disculpe ó las apruebe,
No el dictámen que des como erudito,
Sino el afecto que el autor te debe.
En pago de mis versos, solicito
Que hoy tu ingeniosa decision acuda
A sacarme, si es fácil, de una duda
Que há dias me persigue y la persigo,
Y la imaginacion me tiene inquieta;
Es á saber, amigo,
Si es un bien ó es un mal el ser poeta.
Yo, que lo dudo, mis razones tengo;
Oyelas, pues, y á tu sentir me avengo.
Por una parte, hay ratos en que alabo
Al piadoso destino,
Que en vez de hacerme esclavo
Del juego, ociosidad, infame vino
U otros excesos viles,
Quiso desde los años juveniles
Infundirme un espíritu coplero,
Que, aunque no me da fama ni dinero,
Me entretiene, deleita y satisface,
Y á mis solas me hace
Olvidar cuanto encierra el mundo entero.
No ignoro que la lista
De las útiles artes necesarias
Al intrínseco bien de los estados
No incluye las tareas de un versista;
Pero sé que las varias
Proezas de varones esforzados,
Los aciertos loables de un gobierno,
Y cuanto las naciones adelantan,

(1) HORAT., *Epist. ad Pis.*, vers. 441:
Et male tornatos incuili reddere versus.

Queda en olvido eterno
Cuándo líricos faltan que lo canten.
Los pueblos y los siglos que carecen
De heroicos poetas, asimismo
Carecen siempre, oh Fabio, de heroismo.
No dudes, no, que en todos los reinados,
Si las letras humanas no florecen,
Las demas ciencias y artes descaecen.
Y en donde los teatros son dechados
De buen gusto, decoro y recto juicio,
¡Cuán pleno beneficio
Difunde la elegante poesta!
Los hombres cuya gran sabiduría
Vive en la griega y la romana historia
Tuvieron por deleite, y aun por gloria,
Sujetar sus conceptos
Al yugo de los métricos preceptos.
Y omitiendo estos públicos loores,
Con que el arte de Apolo
Han celebrado ingenios superiores,
Contemplaré tan sólo
Aquel vario placer con que ameniza
El civil trato y sociedad privada.
El tierno corazón á quien hechiza
Una beldad discreta y agraciada,
Su dicha en dulces versos encarece.
El que la ausencia sufre ó los rigores,
Su mal con tristes metros adormece.
Quien de las bellas artes los primores
Mira cual bienes de la humana vida,
Los pinta con poéticos colores;
Y aquel que amigos tiene ó bienhechores,
En sus rimas tal vez no los olvida.
¡Dónde hay gozo que iguale al de un poeta
Cuando acaba de hallar un consonante
Natural, adecuado y elegante,
Con que un sonoro verso se completa?
¡Qué vanidad en su interior se excita
Cuando con un pausado manoteo
Y voz declamatoria se recita
Para su propio y único recreo
Lo que sacar al público medita!
Si lo enseña á un curioso, ó éste abona
Verso por verso con propicio voto,
¡Cuál se ensancha, cuál triunfa, cuál blasona!
Aunque entiendan morir hambriento y roto,
No trueca en aquel punto su persona
Por la del más feliz, más regalado
Canónigo que tenga toda España,
Que coma, beba y duerma sosegado,
Y logre una ama fiel y nada urañía.
Pues ¡qué diré del júbilo que siente
El poeta que se halla, por fortuna,
En una alegre mesa, y de repente
Se explica en una décima oportuna,
Que suspende á la turba concurrente!
Los repetidos vivas y el ruido
Que hacen con los enchillos en los platos
Los que el número le aplauden, á su oído
Son mil veces más gratos
Que el acorde solfeo
De Febo, de Anfitión y el tracio Orfeo.
Estos, y muchos más, dichosos ratos
El poético oficio proporciona
Cuando benignamente nos corona
De verde lauro las calientes sienes.
Mas ya verás, oh Fabio, en un instante
Este lauro marchito;
Verás al infeliz versificante
(¡Tales son de la suerte los vaivenes!),
De su antigua pasión y error contrito,
En pesámes trocar los parabienes.
Primeramente, amigo, el pobrecito
Tuvo en hacer sus versos gran trabajo.
Alguno de ellos hubo que le trajo
Tres dias mal comido y caviloso.
Buscó en su casa una remota pieza,
Y retiróse á ella silencioso,
Rascóse dos mil veces la cabeza,
Y tres mil se chupó los dos pulgares;
Escribió treinta versos regulares,
Doscientos malos y catorce buenos,

Y echó sus cien borrones á lo ménos.
Batalló contra un perro consonante
Que todo su concepto deslucia;
Desterró un epíteto redundante
Y enmendó una feroz cacofonia.
Item más, con bastante sentimiento
(¡Oh sacrificio raro é inhumano!),
Desperdió un famoso pensamiento,
Que aunque era agudo, enfático y galano,
Entonces no venía bien á cuento.
Traslada, en fin, la obra de su mano,
Entrégala á un amigo por fineza,
Y apenas éste á divulgarla empieza,
Cuando por las tertulias corren copias
Tan viciadas por bárbaros copiantes,
Que el autor, exornado con variantes,
Ya desconoce sus ideas propias.
Para mayor dolor, advierte luego
Que un idiota importuno,
Como si fueran coplas de algun ciego,
Va á leerle sus versos en voz alta.
Testimonios levanta en cada uno,
Y sílaba ó dición siempre le falta.
Como niño de escuela deletrea;
El desgraciado autor está que salta,
Y entre tanto bosteza la asamblea.
Aun más que esto sucede en otra parte,
Donde habla un licenciado presumido
Como si hubiera comentado el arte
Del aplaudido Horacio
(Nombre que, ni aun citado, habrá leído
En nota marginal de algun prefacio);
Y creyendo que en críticas disputas
Convencen las razones descorteses,
Condema en dos palabras absolutas
El trabajo apreciable de dos meses.
Sólo con que un poeta dé por suya
Una versificada friolera,
Correrá luego alguna voz maligna
Que, sin más fundamento, le atribuya
Cualquier sátira indigna
Que perjudique á su intencion sincera,
O versos le preñijan, á lo ménos,
Que ni en un villancico fueran buenos.
¡Quieres que en nuestros dias
Haya necio librero
Que publique á su costa poetas
Para perder su tiempo y su dinero,
Mientras hay moralista que le paga
A los salmaticenses y á Larraga,
Aprendiz de letrado
Que le compra á Pichardo y á Salgado,
Y muchachos que rompen á millones
Belarminos, Espejos y Catones,
O que en latinas aulas hacen uso
Del *Arte* que Nebrija no compuso?
Después, algunos ricos y magnates,
Que dar pudieran recompensa honrosa,
Hoy sólo piden que les hablen prosa,
Y á los poetas tienen por orates.
Las damas, que tampoco ya despuntan,
Como en siglos pasados, por discretas,
Si en el teatro público se juntan,
Aplauden, cuando más, al tramoyista,
Oyen tal cual chulada del sainete,
Y sirve lo demas de sonsonete
Mientras están haciendo una conquista.
El actual abandono me contrasta
De las dormidas musas castellanas;
Y en verdad, Fabio, que la vez que llevo
A una esquina ó portal en donde un ciego
Canta y vende sus coplas chabacanas,
Cercado de vulgar y zafia gente,
Le quito mi sombrero reverente,
Diciéndole con suma cortesía:
Dios te conserve, insigne jacarero,
Que nos das testimonio verdadero
De que aun hay en España poesta.
Bienes y males he citado, amigo,
Que alcanzan á los hijos del Parnaso,
Y te figurarás los que no digo.
Resuelve, pues, en tan dudoso caso,

Ya que esperando tu respuesta quedo,
Si es justo se alce estatua á un buen poeta,
O al que se atreva á serlo se le meta
En la casa de locos de Toledo.

EPÍSTOLA V.

Escrita, en 28 de Noviembre de 1776, á don Josef Cadahalso.— Describe en ella la casa de la Academia de las tres Nobles Artes y Real Gabinete de Historia Natural.

Dalmiro amigo, que las artes amas,
Que en deseo del lustre de las ciencias
Y en celo del bien público te inflamas,
Si acaso aquella lira
Que en sublimes cadencias
Cantar supo excelencias
De los varones que la tierra admira,
Hoy, perezosa, de algun árbol pende,
Desuélgala, y emprende,
En tono más que nunca levantado,
El aplauso de un hecho con que extiende
Carlos la fama de su gran reinado.
No propongo á tu número un suceso
De aquellos que exagera
La pasión de una corte lisonjera,
O que tan sólo sirven de embeleso
Al ocio de una plebe novelera.
De aquellos es que ilustran y emoblecen
Sólidamente á una nación entera;
De aquellos que merecen
Quedar siempre en los pechos bien nacidos
Con dignos caracteres esculpidos.
Ya los dos perniciosos adversarios
Con quienes un rey justo
Continuamente lidia,
La infame adulacion, la atroz envidia,
Serán, á su disgusto,
Del mérito rendidos tributarios,
Que de ambos monstruos las cervices huella.
Poco será cuanto pondere aquella;
Cuanto ésta censurarse será injusto.
Si, cuando Carlos funda
En esta corte un célebre museo
De Historia Natural, que tanto abunda
De instruccion y recreo;
En donde á los ingenios estudiosos
Con método se ofrecen los curiosos
Productos, los secretos más profundos
De toda la feraz naturaleza,
Y en donde resplandece la riqueza
De una nación señora de dos mundos,
¡Cómo cabrá lisonja en la alabanza,
O ejercerá la envidia su venganza?
Tú, de Madrid há dias retirado,
Sediento de noticias memorables,
Acaso con tu agrado
Mi celo premiarás si te refero
Con qué regio esplendor y sabio esmero
Llegan á efecto ideas tan loables.
Espacioso edificio
En la ancha calle de Alcalá se elige,
En cuyo frontispicio
Una portada dórica se erige.
Allí dispone el Rey que su academia,
La que profesa y premia
Tres nobles artes, su morada fija.
Allí tambien en la mansion más alta
El nuevo gabinete se coloca,
Y no en vano resalta
En letras de oro sobre blanca roca,
Ante el umbral, una inscripcion latina,
Que advierte se destina
Allí á Minerva duplicada estancia.
De su sentido es ésta la sustancia:
*Reunió Carlos en comun provecho
Naturaleza y arte bajo un techo* (1).
De la mansion magnífica, oh Dalmiro,
Suspendo la pintura; que antes quiero

(1) *Carolus III. Rex, naturam et artem sub uno tecto in publicam utilitatem consociavit. Anno MDCCCLXXV.*

Figurarme que soy un forastero
Que hoy por la vez primera
Los muros llega á ver de Buen-Retiro.
Ya desde luego admiro
La puerta suntuosa y duradera
Que, opuesta al Manzanares,
Conduce á la ciudad que baña Henáres.
A mi siniestra miro,
De una verja de hierro circundado
Con bella simetría,
Un ameno jardín, que por un lado
Para su entrada ofrece
Un pórtico de firme cantería;
Y mi deleite crece
Al paso que de allí desciendo al Prado,
Nuevo paseo, llano y anchuroso,
Donde con tren vistoso
El matritense pueblo se recrea.
A lo léjos campea
Ya la Aduana Real, fábrica altiva,
Que corona y remata
La vária perspectiva
De la grandiosa calle, cuyo espacio
En un suave declivio se dilata;
Ya el contiguo palacio
(Objeto á que mi canto se endereza),
Donde unidas habitan
Con la naturaleza
Las ingeniosas artes que la imitan.
Aun sin entrar en él, este conjunto
De hermosas vistas mi atención prepara,
Y la exterior magnificencia al punto
Los pródigos influjos me declara
Del autor á quien tanto bien se debe.
Ya me impaciento por llegar en breve
A aquel recinto en que el saber se hospeda,
Y en que la admiración saciarse pueda.
¡Oh, si fuera capaz mi toscó acento
De celebrar en dignas descripciones
O la extensión ó el gran repartimiento
De tantos académicos salones,
A diversas tareas destinados!
En uno (1) se congregan centenares
De jóvenes y niños, dedicados
A copiar los primeros ejemplares,
Elementos del arte del diseño.
En otro (2), los alumnos ya versados,
Con generoso empeño,
A una estatua rodean,
Y la imitan en barro ó delinear.
En éste (3), los más hábiles de todos
Al natural expresan la figura
Del viviente desnudo, y su postura
Copian, siendo una misma en varios modos.
En aquél se desvelan arquitectos.
Más allá la sutil geometría,
Creadora de artifices perfectos,
Con la clara verdad sus mentes guía.
Colorido, ropajes y grabado
(Estudios cuya práctica varía),
Cada cual goza albergue separado.
Pues ¿qué diré del domicilio extenso (4),
Donde se junta el noble consistorio
Que á las artes preside, y del inmenso
Ambito (5) destinado al auditorio
Que asistir suele cuando honroso premio
La Academia reparte
A los que sobresalen en su gremio?
Quisiera aquí las glorias recordarte
Del útil cuerpo que fundó Fernando,
Y á quien Carlos da el ser; mas á otra parte
Ya tu curiosidad me está llamando,
Cuando así la retardo ti escaseo,
La entrada al nuevo natural museo.
¡Ah! ¿dónde estoy? ¡oh dioses poderosos!
Si será algún paraje de la tierra
Este que aquí mi ojos examinan,

- (1) La sala de Principios.
(2) La sala del Modelo de yeso.
(3) La sala del Modelo vivo.
(4) La sala de las Juntas particulares.
(5) La sala de las Juntas públicas.

O bien uno de aquellos deliciosos
Que en poéticos raptos se imaginan?
Tanta preciosidad en él se encierra,
Tanto aseó y primor, esplendor tanto,
Esta pomposa imagen y este encanto
Que el alma siente y que la voz no expresa,
¿Puede haber sido hechura de mortales?
¡O bajasteis vosotros á esta empresa,
Digna de vuestras manos celestiales?
No, que para tal obra
Del gran monarca una palabra sobra.
Seréne mi espíritu agitado
Y absorto de esta nueva maravilla,
Para emprender la narración sencilla
Del tesoro que en ella está cifrado.
Tres salas desde luego se presentan,
Clarísimas, grandísimas, despejadas.
Sus paredes se ostentan
Vestidas y hasta el techo coronadas
De una serie simétrica de armarios,
Todos de preciosísima caoba,
Que, cual urnas ó bellos relicarios,
En diáfanos cristales
Depositán alhajas naturales.
Parte de la atención despues me roba
De azul y blanco un alternado piso,
Que junta la hermosura á la limpieza,
Pareciendo que allí naturaleza,
Por un capricho de los suyos, quiso
Que la esmaltasen el bruído suelo
Los dos colores que usa más el cielo.
De aquel lugar concurren al ornato
La materia y labor más exquisita;
Y si sólo el extrínseco aparato
Admiración excita,
¿Cuál será la que cause todo el heno
De curiosos portentos y bellezas
Que logra acandalar su íntimo senó?
Aquí, de sus riquezas
Pródigo el reino mineral se extiende.
La vista y el espíritu suspende
Con las diversidades, las rarezas
De sus tierras, arenas, piedras, sales,
De petrificaciones, de metales.
¡Qué espectáculo ofrecen tan distinto
La esmeralda, el diamante y el topacio,
El granate, el zafiro y el jacinto!
¿Cómo hermosean otro largo espacio
Agata, cornalina,
Lapis-lázuli, diápro, serpentina!
Entre los tersos jaspes é inmortales
Mármoles y alabastros, ¿cómo luce
El cúmulo de tantos que produce
España en sus entrañas maternales!
Luce también en ricos minerales
De hierro, plomo, estaño, cobre y oro,
Azogue y plata no inferior tesoro.
El reino vegetal más allá muestra
Cuántos productos liberal la diestra
De la naturaleza le concede,
Y cuántos en él puede
Cultivar el sudor é industria humana.
Su recinto se cubre y engalana
De apreciables maderas,
Raíces y cortezas superiores,
De hierbas españolas ó extranjeras,
De semillas, de granos y de flores,
De otras plantas terrestres ó marinas,
De singulares frutos, de resinas,
De bálsamos y gomas,
De perfumes, espíritus y aromas.
Pero ya en el distrito
Donde el reino animal tiene su asiento,
Miro abreviado el número infinito
De los diversos entes animados,
A quienes da sustento
El sólido ú el líquido elemento.
La clase de cuadrúpedos se observa,
Que, en distintas posturas colocados,
Como vivos el arte allí conserva;
La vistosa cetera
De pájaros pintados,

Admirables anfibios y pescados,
Entre varios insectos
Sobresalen los géneros selectos
De aladas mariposas,
Queriendo acaso competir con ellas,
En los matices y labores bellas,
De mil aves las plumas caprichosas.
Ya descubro la serie innumerable
De corales, de conchas y mariscos,
O del profundo mar ó de los riscos.
Advierto ya.... Pero ¿con qué osadía
Intenta penetrar mi fantasía
Por aquel laberinto inexplicable
De reptiles, volátiles, testáceos,
Fieras, bestias, polipodos, cetáceos?
Y tú también, sublime criatura,
En cuyas manos puso
El celestial Autor dominio y uso
De cuanto bien la tierra te procura,
Allí ves la estructura,
Los vicios, las miserias, los secretos
De tu máquina en monstruos y esqueletos,
Y el gabinete es libro en donde lees
Quién eres y lo mucho que posees.
Mas tú, Dalmiro, vuelve hácia otra parte
La consideración; verás objetos
En que su esmero manifiesta el arte;
Los vestidos, los muebles y armaduras
De otros climas verás, de otras edades;
Los vasos, las mosaicas ciudades,
Los diseños, estampas y pinturas,
Los bustos de varones eminentes,
Y los bronceos eternos,
Las medallas, relieves y excelentes
Canafeos antiguos y modernos.
Aun más verás. De aquellas nueve salas
En que la historia natural domina,
Una (1) la docta Palas
Para su estudio propio allí destina,
Donde insignes volúmenes franquean
De tan profunda ciencia la doctrina.
Ya el venturoso tiempo está cercano
En que los buenos españoles vean
Que de esta filosofía oficina
El amor de las ciencias se difunde
Y en la nación rápidamente cunde.
No serán ya al oído castellano
Nombres desconocidos litología,
Metalurgia, halotecnia, ornitología.
Ya para el nuevo gabinete ofrecen
Ambos mundos sus várias producciones....
¿Qué mucho, si á porfía con sus dones
Parece que los dioses le enriquecen?
Adornarle con aves peregrinas,
Como diosa del aire, quiere Juno;
Tributale Neptuno
Sus raras peces y sus perlas finas;
Tétis añade conchas y corales;
La madre Vesta piedras especiales
Y los productos de sus ricas minas;
Febo y Marte presentan sus metales,
Oro y hierro; Diana facilita
Las fieras de los bosques en que habita;
Cédente Flora, Ceres y Amaltea
Cuanto el influjo de las tres procrea,
Y, sobre todo, el Júpiter hispano
Da sus luces y brazo soberano.
El fué quien tal intento
Promovió con sus dádivas reales;
El es de quien las ciencias naturales
Aun esperan más auge y ornamento,
Pues no será este docto gabinete
El único favor que le merezcan;
No, que su providencia las promete
Disponer ya un jardín donde florezcan;
Un gran jardín botánico, inmediato
A los jardines del monarca mismo.
Ni en la idea cabrán, ni en el guarismo,
Las plantas que aquel nuevo territorio
Producirá, obediente á su mandato,

- (1) La librería del Gabinete.

Allí un laboratorio
De química igualmente se prepará,
Glorioso monumento
Que deja el tercer Carlos del fomento
Con que las artes útiles ampara.
Ya inferirás, Dalmiro, mi contento;
Y pues que le reparto así contigo,
Ayúdame al aplauso de estos bienes,
Dame esta prueba del amor que tienes
A tu rey, á tu patria y á tu amigo.

EPÍSTOLA VI.

Escrita, en 10 de Marzo de 1777, á don Domingo de Iriarte,
durante su viaje á várias córtes extranjeras.

El que empieza á tocar un instrumento,
Con algunos preludios examina
Si andan los dedos, si la cuerda afina,
Y ántes da pez al arco ó toma aliento.
Si va á escribir el pendolista atento,
Corta y prueba la pluma, gruesa ó fina,
Y el guapo que á reñir se determina,
Tira estocadas, por ensayo, al viento.
El bailarín se pone en ejercicio,
Su arenga el orador lleva estudiada,
Baraja á solas el tahir por vicio.
Yo hago un soneto (aunque no valga nada)
Sólo para adiestrarme en el oficio
Y ver si está la musa bien templada.

Paréceme que si, querido hermano,
Ya que Apolo no siempre es tan divino,
Que dictar quiera versos elegantes
Y dignos de tenerle por padrino,
Sino que se complace en ser humano,
Y prosa suele hablar con consonantes,
Sin furor ni entusiasmo de adivino,
Sujetando las alas al Pegaso,
Porque, en vez de volar, le lleve al paso.
Tú, que, olvidado ahora de esta córte,
Buscas las del Oriente y las del Norte,
Perdona si te envidio la gustosa
Curiosidad y el íntimo consuelo
De visitar el afamado suelo
De Tulio y de Maron patria dichosa,
Y patria á quien sirvieron Paulo Emilio (2),
Uno y otro Scipion, Mario y Atilio (3).
Largo fuera y ocioso recordarte
Los blasones y el lustre sin segundo
De esa que un tiempo fué la mejor parte
De Europa y la metrópoli del mundo.
Pídote sólo que en la *Eneida* leas
Cómo, al hallarse en el averno Enéas,
Anquises le mostraba en profecía
Las almas de los inclitos varones
Que habian de llegar á ser un día
Honor de las itálicas regiones.
Hoy tú, más bien que el capitán troyano,
No en vaticinio, sino con tus ojos,
Ayudados de luces de la historia,
Admirar puedes la sublime gloria
Del imperio romano.
Que atestiguan reliquias y despojos.
Mas yo no puedo desde el clima hispano
Registrar la columna de Antonino,
El templo y obelisco Vaticano,
El Capitolio y monte Palatino.
No veo las basílicas, los puentes,
Las termas, arcos, puertas, mausoleos,
Acueductos, palacios, muros, fuentes,
Pórticos, plazas, circos, coliseos.
Veo, sí, los escritos inmortales
De los Tácitos, Livios, Cicerones;
Veo Plinius, Lucrecios, Juvenales;
Veo Augustos, Mecenas y Marones.
Con sus nombres el ánimo se exalta,
El heroísmo y pundonor se excita;
Y cuanto más aquel modelo imita

- (2) El macedónico.
(3) Marco Atilio Régulo.

Una nacion, más ve cuánto la falta
Sólo para acercarse á tal grandeza,
Tal esplendor, poder, fama y riqueza.

Del benigno país que con su riego
El caudaloso Tiber fertiliza,
A la fria region pasarás luego
Por donde el gran Danubio se desliza,
Ceñida allí de una comarca amena
Verás la austriaca Viena,
Verás y admirarás al soberano
Benéfico, sagaz y belicoso,
Que, imitando al magnánimo prusiano,
Un ejército manda numeroso
De dóciles guerreros,
Intrépidos, robustos, escogidos,
A quienes como honrados compañeros
Trata, no como esclavos abatidos.
Verás la agricultura floreciente,
La pública instruccion adelantada,
Las artes propagadas de repente,
Y entre ellas promovida y estimada
Aquella con que Orfeo
Domó las fieras y paró el Leteo.
Todo el poder y efectos prodigiosos
Que cuentan de la música divina
La antigua historia griega y la latina,
No te parecerán ya fabulosos
Cuando de cerca aplaudas la arrogancia,
La expresion é ingeniosa consonancia
Con que hace hablar sus varias sinfonías
El músico mayor de nuestros días,
Hayden, aquel grande hombre,
A quien te pido abrazes en mi nombre.

Mas ya dejar te miro
Los confines germanos,
Y el político giro
Seguir hasta los últimos britanos,
Desde luego la corte populosa,
Cuyas murallas baña
La corriente anchurosa
Del Tamesis, la imagen te presenta
De una nacion en todo bien extraña;
Nacion en otros siglos no opulenta,
Hoy feliz por su industria, y siempre exenta:
Nacion tan liberal como ambiciosa,
Flemática y activa,
Ingenua, pero adusta,
Humana, pero altiva,
Y en la causa que abraza, inicuá ó justa,
Violenta defensora,
Del riesgo y del temor despreciadora.
Allí será preciso que te asombres
De ver (cual no habrás visto en parte alguna)
Obrar y hablar con libertad los hombres.
Admirarás la rápida fortuna
Que allí logra el valor y la elocuencia,
Sin que ni el oro ni la ilustre cana
Roben el premio al mérito y la ciencia.
Advertirás el numeroso enjambre
De diligentes y hábiles isleños,
Que han procurado, del comercio dueños,
No conocer la ociosidad ni el hambre,
Ocupados en útiles inventos,
En fabricas, caminos, arsenales,
Escuelas, academias, hospitales,
Libros, experimentos
Y estudios de las artes liberales.
Allí sabrás, en fin, á cuánto alcanza
La sábia educacion y el acertado
Método de patriótica enseñanza,
La privada ambicion bien dirigida
Al público provecho del Estado,
La justa recompensa y acogida
En que fundan las letras su esperanza,
Y el desvelo de un pródigo gobierno,
Que al bien aspira y á un renombre eterno.
Entre las reflexiones que te apunto
(Si no fuera un asunto
Superior á mis fuerzas), me alegrará
De poder explicarte
En digna descripcion alguna parte
De aquel vário embeleso

Que te ofrece y prepara
La corte parisiense á tu regreso;
Culto emporio de Europa, que convida
Con nobles espectáculos, paseos,
Lucidas concurrencias y recreos,
Que hacen amable y cómoda la vida;
Siendo de los mayores y más gratos
Que proporciona aquella nueva Atenas,
Gozar la sociedad de literatos
Que con las ciencias útiles ó amenas
Ilustran su nacion y las ajenas....
Pero yo, desde el centro solitario
Del estrecho rincón en que esto escribo,
Quitando el polvo al militar archivo,
Mal te explico, oh viajante secretario,
Lo que tú observarás prácticamente,
Y yo sólo por teórica percibo.
Sigue, pues, con salud tu itinerario:
De lengua en lengua y de una en otra gente
Aprende á ser político eminente;
Adquiere enhorabuena cada día
Méritos é instruccion; que yo, entre tanto,
Conforme con la oscura medianía,
Del retiro y quietud elogios canto,
Diciendo como Séneca decia:
«En el despenadero (1)
De la encumbrada corte permanezca
El que mando y honores apetezca;
Que yo la paz únicamente quiero.
Quiero en la soledad más escondida
Gozar los dulces bienes del reposo,
Y pasará mi silenciosa vida
Ignorada del noble y poderoso.
Cuando mi edad, sin fausto, sin estruendo,
Haya llegado al término que debe,
Aunque muera como uno de la plebe,
Tal vez anciano moriré; y entiendo
Que no persigue muerte á los nacidos
Más triste y más cruel que la de aquellos
Que son de todo el mundo conocidos,
Sin que á sí propios se conozcan ellos.»

EPÍSTOLA VII.

Escrita en 8 de Enero de 1776.—Describe el poeta á un amigo
su vida semifilosófica.

Amigo, mientras tú vives oculto
A orillas de *Silvea*, en esa aldea (2),
Cuyo nombre infeliz yo dificulto
Que en los mapas geográficos se lea;
Mientras, pisando ese terreno inculto,
En sátiro ó en fauno te conviertes,
Y las horas flemáticas diviertes
Sin otra compañía
Que la de tu violin y tu escopeta,
Tus libros y tu propia fantasia;
Vivo yo en medio de la corte inquieta,
Donde el tiempo nos falta para todo,
Aunque todos estamos tan de sobra.
¿Quieres que te diga cómo?—De este modo:
Por la mañana empieza la grande obra
De ensortijarnos los grasientos rizos,
Ya en forma de castañas ó chorizos,
O ya imitando mujeril corozo,
Para salir al público muy vanos
De que así nos remeza
La misma harina que nos vuelve canos.

(1) *Sic quicumque volet potens
Aula culmine lubrico:
Me dulcis satiret quies,
Obscura positus toto,
Leni perfruar otio.
Nullis nota Quiritibus
Elas per tacitum fluat.
Sic cum transferunt mihi
Nullo cum strepitu Ives,
Piebeus moriar senex,
Illi mors gravis incubat,
Qui notus nimis omnibus
Ignotus moritur sibi.*

(L. ANNEUS SENECA, *Thyestis*, act. II.)

(2) *Fuentes-Claras*, en Aragon.

Signese el sempiterno cumplimiento
De precisas é inútiles visitas,
De molestos convites y de citas
Que prohíbe el oneroso mandamiento,
Y aun no bien digerido el alimento,
Nos llaman á un teatro, en que nos dicen
Dislates, necedades, fruslerías,
Que de una escuela pública desdicien,
O al paseo nos llevan otros días,
No para un ejercicio saludable,
Si para hacer frescitas cortesías,
Y metódicamente con los coches
Seguir cierto carril inalterable.

Procurase despues pasar las noches
En las tertulias, donde nada se hable
Que fatigue el ingenio ó el discurso,
Bastando que los miembros del concurso
Manejen con destreza,
Pagándolo su bolsa y su cabeza,
Y tal vez contra leyes reiteradas,
Cuarenta y ocho estampas mal pintadas.
Yo, cuando así se vive en el recinto
De esta imperial y coronada villa,
Voy, Fabio, por camino bien distinto
Del que la juventud por moda trilla,
O bien por ocio ó maquinal insiinto.
Sin llegar mi retiro á ser desierto,
Me privo, me separo y excomulgo
De este comun sistema, y me divierto
Sólo en no divertirme como el vulgo.

Ahora cumplo la palabra, amigo,
Que te dí de informarte
Del método de vida que aquí sigo,
Y que á la tuya se parece en parte.
Sabe, en primer lugar, que la morada
En que fijo mi quieta residencia,
Sin que pueda ostentar magnificencia,
Es alegre, está limpia y adornada,
Y ofrece una mediana conveniencia.
Sus paredes, en más de siete cuartos,
Se visten, no de rasos exquisitos,
Sino de muchos ingeniosos partos
De artifices peritos

En grabado y pintura, cuyo examen
Puede causar deleite á cuantos amen
Las artes que el renombre se merecen
De bellas, porque todo lo embellecen.
Es de mi sala el principal ornato
Del sabio *Mengs* el célebre retrato;
Inestimable don de este grande hombre,
Que con aquel pincel tan arrogante
Con que en Europa eternizó su nombre,
Tambien ha eternizado su semblante,
Y al paso que á sí mismo se ha igualado
En su copia, á sí mismo se ha excedido.
Allí se ve cercado

De un conjunto copioso y escogido
De cuadros de *Vandich*, *Murillo*, *Guido*,
De *Cerezo*, *Jordan*, *Velazquez*, *Cano*,
Los dos *Coellos*, *Vinci* y el *Ticiano*.
Sus obras lucen *Verónis*, *Carreño*,
Pereda, *Peterneef*, *Salvator-Rosa*;
Luce el *Bosco* su idea caprichosa,
Y el *Greco* su estrambótico diseño.
Si á visitar mi albergue, por ventura,
Viniere algún día,
Te podrán divertir la fantasia,
O en grabadas estampas ó en pintura,
Los retratos de insignes escritores,
Estatuarios, pintores,
Monarcas, generales
Y otros varones dignos de memoria;
Sucesos de la fábula é historia;
Pájaros, frutas, flores y animales;
Ya sangrientas refriegas,
Ya vistas de edificios, de ruinas,
De selvas, rios y frondosas vegas,
Cacerías, cabañas y marinas.

Conservo en mi mansion, por otra parte,
La biblioteca rara y numerosa
Que recogió, con eleccion curiosa,
El anciano *Iriarte*,

II. Ps.-xviii.

De quien, si no heredé doctrina y arte,
El amor á las Musas he heredado,
No encierra aquel estudio un agregado
De libros de trivial jurisprudencia,
Escolástica jerga ó medicina,
Que suelen encontrarse en cada esquina.
Encierra, si, un tesoro de la ciencia
Que al humanista docto pertenece,
Que el ingenio deleita é ilumina,
Y no le abruma, ofusca y entorpece.
Junta las ediciones más correctas
De griegos y latinos oradores,
Y las obras selectas
De poetas tambien é historiadores;
Apreciables escritos castellanos,
Muchos de los que Francia ha producido,
Con algunos ingleses é italianos,
Y ofrece, á breve espacio reducido,
Lo mejor de la crítica y buen gusto;
Cuanto Alejandro protegió entre griegos,
Y entre romanos el feliz Augusto,
Los Médicis famosos en Florencia,
Cuando á los pueblos todos, que eran ciegos,
Dieron luz en las doctas profesiones
Carlos Quinto en España, y los Borbones,
Y en Francia del gran Luis la providencia,
De Francisco Primero á competencia.

Tú, que entre tus juiciosas distracciones
Das el primer lugar á la lectura
En esta retirada librería
La diversion mayor tienes segura,
Donde tu ansioso númen hallaría
La erudicion de amenas facultades,
Ciencias de utilidad, antigüedades,
Manuscritos, estampas, diccionarios
Y artes para aprender idiomas varios.

Esta es mi habitacion, que facilita
Amistosa acogida y libre entrada
Al estudioso á quien la ciencia agrada,
Y al que en las bellas artes se ejercita.
Siempre hallarás mi estancia frecuentada,
O bien de aficionados,
O bien de profesores aplicados,
Dibujantes, amigos escritores,
Músicos, arquitectos, escultores.
Y yo, Fabio, entre tanto,
Si logro ociosas horas algún día,
Dedicado á la dulce poesia
(Ménos lisonjas), todo aquello canto
Que me dicta la libre fantasia.
La mañana que adusto me levanto,
Con la bilis revuelta y alterada,
En versos, que algun simple llama atroces,
Vitupero el abuso que me enfada,
Y la amarga verdad publico á voces.
Levántome otras veces muy sereno,
Y pintar quiero en metro más suave
Las delicias que ofrece el campo ameno,
Donde el agna susurra, trina el ave,
Y césped cria el húmedo terreno.
Otros días, de véras ó de fiesta,
En llanos versos á un amigo escribo
(Cual lo eres tú, de quien ausente vivo)
Familiares epístolas como ésta.

Mas ¡ay, que por mi culpa experimento
Las quebras del poético ejercicio!
Ya que Dios me conserva sano el juicio,
¿Por qué no vivo en paz? ¿por qué consiento
Que salgan estos frutos
De mi tímido y rudo entendimiento
A luz pública ó público suplicio?
Lectores hay malignos, los hay vanos,
Los hay despreciadores absolutos,
Del arte y del buen gusto Dioclecianos;
Y mejor confiara mis borrones,
De mi secreto cuarto en la clausura,
A los amigos sinceros y humanos
Que notan francamente imperfecciones,
Pero tambien alaban con hipura
Los versos que hallan buenos ó medianos.
¡Oh inconsecuencia de la humana ideal
El que tranquilamente así discurre,